RECURSOS ESCUELA SABÁTICA
Comentarios de la Lección de Escuela Sabática

I Trimestre de 2012
Vislumbres de nuestro Dios

Lección 1
7 de Enero de 2012

El Dios triuno

Gilberto G. Theiss

“Pero nosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna” (Judas 20, 21).

Es un hecho que es difícil comprender cómo un solo Dios podría ser tres Personas diferentes al mismo tiempo. Aunque la Escritura no se valga de la palabra Trinidad, sabemos que la Divinidad es así, por el hecho de que los profetas y los apóstoles la presentaron de esa manera. Para la mente humana no es posible comprender este misterio, pero es posible aceptar, por la fe, la esencia de lo que nos es presentado. Ya sea que lo aceptemos o no, la Divinidad de estas tres Personas se presenta en toda la Biblia.

En una ocasión, una persona anti-trinitaria afirmó, categóricamente, que es imposible para una persona ser tres al mismo tiempo. Esto indica que algunos parecerán querer creer únicamente en aquello que es posible explicar. Es por esta razón que la Biblia ha sido fuertemente atacada: contener, además de relatos históricos, milagros y narraciones acerca de intervenciones de fuerzas sobrenaturales. Esto, para algunos, es totalmente patético. Con respecto a la Trinidad, Dios –si eventualmente así lo hubiera querido– podría haber sido mil personas distintas en vez de sólo tres. Para Él no hay nada imposible, mientras que para nosotros y los ángeles, las cosas infinitas son imposibles.

La Biblia es clara al afirmar que hay un solo Dios, pero al mismo tiempo nos presenta la idea de que, aún cuando sea Uno, esta Divinidad está compuesta de tres Personas diferentes, separadas, pero –al mismo tiempo– perfectamente integradas y unidas en todo. Ya sea que pueda ser posible explicar esto o no en el laboratorio de la mentalidad humana, su existencia y esencia se nos presenta de manera inequívoca.

Lecturas adicionales

“Durante la época del pueblo judío, la influencia del Espíritu de Dios se había visto de una manera señalada, pero no en forma plena. Por siglos se habían elevado oraciones pidiendo el cumplimiento de la promesa divina de impartir su Espíritu, y ninguna de esas fervientes súplicas había sido olvidada”.

“Cristo determinó que cuando él ascendiera de esta tierra, concedería un don a los que habían creído en él y a los que creyeran en él. ¿Qué don suficientemente precioso podía él conceder para destacar y honrar su ascensión al trono de mediación? Debía ser digno de su grandeza y su realeza. Cristo determinó dar como su representante a la tercera Persona de la Deidad. Ese don no podría ser igualado. Daría todos sus dones en uno, y por lo tanto su dádiva sería el Espíritu divino, ese poder transformador, iluminador y santificador. Y si por siglos había sido restringido, vendría ahora con la plenitud de su poder para ser derramado sobre la iglesia” (*Signs of the Times,* 1º de diciembre, 1898; parcialmente en, *Comentario bíblico adventista,* tomo 6, pp. 1052, 1053).

“Los que salen del mundo en espíritu y en todas sus prácticas, pueden considerarse como hijos e hijas de Dios; pueden creer en la Palabra del Señor como un niño cree cada palabra de sus padres. Para el que cree, toda promesa es segura. Los que se unen con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que demuestran con su vida que no siguen más el camino que seguían antes de que se unieran con estos agentes divinos, recibirán la sabiduría de lo alto; no dependerán de la sabiduría humana. Los cristianos, como miembros de la familia real e hijos del Rey celestial, para tratar correctamente con el mundo deben sentir la necesidad de un poder que solo se origina en los instrumentos celestiales que se han comprometido a trabajar en favor de ellos”.

“Después de que hemos formado una unión con el gran triple poder, consideraremos nuestro deber para con los miembros de la familia de Dios con un temor reverente, mucho más sagrado que el que hemos sentido antes. Este es un aspecto de la reforma religiosa que muy pocos aprecian. Los que procuran contestar la oración, ‘hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra’, mediante vidas puras y santificadas buscarán mostrar al mundo cómo se cumple la voluntad de Dios en el cielo” (*Comentario bíblico adventista*, tomo 6, pp. 1101, 1102).

La unicidad de Dios

Éxodo 3:13-15; Génesis 2:24; Deuteronomio 6:4; Santiago 2:19; 1 Corintios 8:4

En innumerables ocasiones les fueron dadas a los israelitas advertencias en contra de la idolatría. El politeísmo de las naciones vecinas siempre constituyó un serio problema para el pueblo. Las fuertes declaraciones de la *Shemá* de Deuteronomio 6:4 es un llamado directo a que el pueblo de Dios tuviera en mente que no había otro Dios. El Dios que había colocado los fundamentos de la tierra era, es y será, para siempre, el único Dios existente. Esta verdad permaneció intacta durante milenios y aún bajo la fuerte presión del politeísmo, se conservó como una verdad vigente aún en pleno siglo XXI.

La expresión *ejád*, como ya se ha destacado, usada para designar la unidad matrimonial (Génesis 2:24), también es utilizada para designar la unidad de Dios (Deuteronomio 6:4). Esto parece indicar una unidad que está más allá de una persona.

La enseñanza de una Divinidad conformada por tres Personas está tan clara en las Escrituras, que algunos anti-trinitarianos–llegan –para no tener que aceptar esta doctrina– al punto de creer que los manuscritos han sido, de algún modo, adulterados, para defender la idea de la Trinidad. Por consiguiente, descreen completamente de la Biblia, y también de Dios, como es el caso particular de una persona que conocí. La amargura de muchas de estas personas no se manifiesta contra la Trinidad en sí misma, sino hacia la iglesia. Ellos siempre tendrán una carta en la manga para, de algún modo, atacar o con-

trariar a la iglesia. Si la Divinidad conformada por tres personas fuera, de hecho, una herejía, Dios jamás habría permitido que este tema fuera tan extensamente proclamado por los profetas y los apóstoles. Este tema no es expuesto aquí y allí en forma parcial, sino en toda la Escritura. Es evidente que Dios pretendía que su pueblo supiera esta verdad.

La divinidad de Cristo

Filipenses 2:6; Mateo 14:33; 28:9; Lucas 24:50-52; Juan 9:35-38; Hechos 14:8-18

Otra verdad ferozmente combatida por algunos movimientos es la divinidad de Cristo. Estas personas se ven forzadas a complicados malabarismos para intentar deshacer lo que la Biblia plantea al respecto. Aquellos que intentan rebajar a Jesús de su verdadera posición están realizando la misma obra que Satanás hizo en el Cielo. El ángel caído fue el primero en oponerse a la posición de Cristo. Desgraciadamente, lo que vemos en pleno siglo XXI es que las cosas parecieran no haber cambiado mucho de lo sucedido en el cielo. Personas que se tildan de pertenecer a la misma fe, haciendo uso de su supuesta sabiduría, se transforman en instrumentos de Satanás en la tierra, sin darse cuenta de que –como el diablo– están intentando hacer descender a Jesús de su trono para convertirlo en algo que –de hecho– no es: una criatura.

Jesús es Dios en la más pura esencia, y si fuese necesario analizar todas las evidencias bíblicas en este comentario, me vería en la necesidad de escribir un libro entero. No obstante, quiero dejar –por lo menos– una contribución al respecto, que podría resolver de una vez por todas, esta cuestión en las mentes de los sinceros. Eclesiastés 12:7 afirma que “el polvo vuelva a la tierra de donde vino, y el aliento de vida vuelva a Dios que lo dio”. La palabra *Dios* aquí en el original es *Elohim*, la misma que utilizó Moisés para describir al Dios que había actuado en la semana de la creación (Génesis 1:1), y es la misma raíz utilizada en Deuteronomio 6:4 para designar la existencia de un solo Dios. Ahora, me gustaría que cotejaras este pasaje de Eclesiastés 12:7 con Hechos 7:59, que afirma: “Cuando lo apedreaban, Esteban oró diciendo: ‘Señor Jesús, recibe mi espíritu’”. Notemos que en Eclesiastés, quien recibe el espíritu de nuevo es *Elohim* (Dios), y en Hechos, quien recibe el espíritu de nuevo es Jesús. Esto indica claramente que Jesús es, con certeza, el Dios de la Creación y el Dios de Deuteronomio 6:4. Evidencias como estas, la Biblia las presenta de manera exhaustiva.

El Espíritu Santo

Génesis 1:2; Mateo 28:19

El Espíritu Santo es presentado en innumerables oportunidades como una Persona. En la Biblia encontramos varias afirmaciones que nos llevan a creer en la existencia del Espíritu Santo como una Persona divina. El Espíritu Santo posee atributos personales:

1. Enseña (Juan 14:26);
2. Habla (Apocalipsis 2:7, 11, 17);
3. Guía (Gálatas 5:18; Romanos 8:14);
4. Clama (Gálatas 4:6);
5. Convence (Juan 16:7, 8)
6. Regenera (Juan 3:6; Tito 3:5);

7. Testifica (Juan 15:26; Romanos 8:16);
8. Escoge a obreros (Hechos 13:20; 20:28);
9. Juzga (Hechos 15:28);
10. Acompaña (Juan 14:16; Hechos 5:32);
11. Envía misioneros (Juan 14:16; Hechos 5:32);
12. Invita (Apocalipsis 22:17);
13. Intercede (Hechos 8:26);
14. Impide (Hechos 16:6, 7);
15. Se entristece (Efesios 4:30);
16. Contiende (Génesis 6:3)…

Estas actividades no pueden ser ejecutadas por un simple poder, influencia o atributo de Dios. Sólo una persona puede llevarlas a cabo. El Espíritu Santo es verdaderamente Dios.

Atributos divinos del Espíritu Santo:

1. Omnipotente (Zacarías 4:6; Romanos 15:19);
2. Omnipresente (Salmo 139:7-10);
3. Omnisciente (1 Corintios 2:10, 11);
4. Eterno (Hebreos 9:14);
5. Creador (Job 26:13; 33:4; Salmo 104:30);
6. Engendró a Jesucristo (Lucas 1:35);
7. Es igualmente la Verdad (1 Juan 5:6);
8. Señor de la iglesia (Hechos 20:28);
9. Yahwe (Jueces 15:14; 16:20; Éxodo 17:7; Hebreos 3:7-9);
10. Da vida eterna (Gálatas 6:8);
11. Santifica (Romanos 15:16; 1 Corintios 6:11; 1 Pedro 1:2);
12. Habita en los fieles (Juan 14:17; Romanos 8:11);
13. Es santo (Isaías 63:10; 1 Juan 3:20);
14. Fuente de poder (Mateo 12:28; Hechos 2:4);
15. Es Salvador (Efesios 1:13; 4:30; Santiago 3:4, 5);
16. ES sabio (Isaías 11:2; Juan 14:26; Efesios 1:17)…

Las Escrituras consideran al Espíritu Santo como Dios. Pedro le indicó a Ananías que, mintiendo al Espíritu Santo, él le estaba mintiendo “no a los hombres, sino a Dios” (Hechos 5:3, 4).

Jesús definió al pecado “imperdonable” como la blasfemia contra el Espíritu Santo, diciendo: “El que habla contra el Hijo del Hombre, será perdonado; pero el que hable contra el Espíritu Santo, no será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero” (Mateo 12:31, 32). Tal afirmación sólo puede ser verdadera si el Espíritu Santo es Dios.

Las Escrituras asocian atributos divinos al Espíritu Santo, como ya hemos visto párrafos antes, a los que podemos agregar, “El es vida” (Romanos 8:2); “El es la verdad” (Juan 16:13).

Las expresiones “el amor del Espíritu” en Romanos 15:30 y “Espíritu Santo de Dios”, de Efesios 4:30, revelan que el amor y la santidad constituyen parte de su naturaleza.

El Espíritu Santo es Omnipotente y distribuye los dones espirituales como le place, a cada uno, individualmente.

El Espíritu Santo es Omnipresente pues Él habitará con su pueblo para siempre (Juan 14:16).

El Espíritu Santo también es Omnisciente pues Él escruta todas las cosas, hasta lo más profundo de Dios y las cosas de Dios, como nadie las conoce, con excepción del Espíritu de Dios.

Las obras de Dios también son asociadas a las del Espíritu Santo, tanto la creación como la resurrección (Génesis 1; Juan 33:4; Salmo 104:30). La íntima participación del Espíritu Santo en la creación puede verse en el registro de la misma. El origen y el sustento de la vida dependen de su operación. Fue el Espíritu Santo quien concedió el poder para que todas las cosas pudieran ser creadas por la palabra, a través del mandato divino. Con respecto a la resurrección, Pablo dice: "Si el Espíritu de Aquél que levantó de los muertos a Jesús habita en vosotros, él que levantó a Cristo Jesús de entre los muertos vivificará también vuestro cuerpo mortal por medio de su Espíritu que habita en vosotros" (Romanos 8:11; cf. 1 Pedro 3:18).

Sólo un Dios omnipresente y personal, y no una influencia impersonal, o un ser engendrado, podría ejecutar el milagro de traer a Cristo a la existencia a través de una mujer (María).

El Espíritu Santo es considerado en pie de igualdad con el Padre y el Hijo en la fórmula bautismal (Mateo 28:19); en la bendición apostólica (2 Corintios 13:14), y en la disertación al respecto de los dones espirituales (1 Corintios 12:4-6).

El Espíritu Santo participó activamente en el nacimiento de Jesús (Lucas 1:35), confirmando su ministerio público en ocasión de su bautismo (Mateo 3:16), y aplica los beneficios del sacrificio expiatorio de Cristo y su resurrección a la humanidad (Romanos 8:11; 1 Pedro 3:18).

La intención divina para nosotros es que seamos lugares donde more el Espíritu Santo (1 Corintios 3:16).

Tanto en los libros de los profetas, como en los libros de los apóstoles, revelan al Espíritu de un modo único y singular. Es identificado como:

- El Espíritu de Jesús (Hechos 16:7);
- El Espíritu del Hijo (Gálatas 4:6);
- El Espíritu de Dios (Romanos 8:9);
- El Espíritu de Cristo (Romanos 8:9; 1 Pedro 1:11);
- El Espíritu de Jesucristo (Filipenses 1:19).

El Espíritu Santo es consistente con una definición personal, pues Él tiene manos, rostro, piernas, y podemos ver algunas de esas características en Ezequiel 8.

Otra gran evidencia de la divinidad del Espíritu Santo es Juan 14:16. El texto dice que "Yo rogará al Padre, y el enviará otra Consolador". La palabra *otro* en el griego original

es *allos*, que significa “otro de la misma especie”. Esto indica que el Espíritu Santo es otro de la misma esencia de Jesús.

Sólo podemos reconocer la soberanía de Cristo si estamos bajo la influencia del Espíritu Santo: “Nadie puede decir ‘Jesús es el Señor’ sino por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3).

Se nos concede la certeza de que a través del Espíritu Santo, Cristo es la luz verdadera que ilumina a todo hombre (Juan 1:8). Su misión es convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:8).

En unidad e igualdad

Génesis 1:26, 27; Isaías 6:8; 2 Corintios 1:20-22; 2 Corintios 13:13, 14

La pluralidad de Dios en toda la Biblia revela la intención de Dios de presentarse de ese modo. No es posible imaginar que este tipo de escrito carezca de una interpretación que signifique otra cosa que la expuesta. En verdad, es falta de confianza o temor lo que impide a algunas personas a aceptar la doctrina de tres Personas en un solo Dios. Esta doctrina, revelada en la Escritura es apenas una más entre tantas otras que están siendo cuestionadas por diferentes grupos que no logran mantener unidad ni siquiera entre ellos. Aún así son capaces de llamar “babilonia” a la iglesia cuando –en rigor de verdad– quienes practican la confusión doctrinaria son ellos. Las evidencias de la unidad e igualdad entre las Personas de la Divinidad, como la ya mencionada fórmula bautismal en Mateo 28:19, llegan a ser exageradas. Son tantos los textos referentes o de los que se puede inferir en la divinidad plena y única de tres Personas, que un cuestionamiento al respecto raya en lo absurdo. He tenido que confrontar con varias personas que no creían en la Trinidad y lo interesante es que varias de ellas, cuando se convencieron de que la doctrina era coherente, y que estaban equivocados en su modo de pensar, enseguida trataron de plantear otro cuestionamiento distinto. Pareciera que el gran problema de la mayoría de estas personas tal vez sea más personal contra la organización que con la propia doctrina en sí misma. Aún cuando sus argumentos sean refutados, siempre tendrán algo a que aferrarse para herir y contrariar a la iglesia.

La Trinidad y la salvación

Juan 14 – 16

Jesús creó al mundo en una semana. Todas las cosas fueron hechas por Él y sin Él absolutamente nada hubiera existido. Cuando terminó de crear al hombre, confirmó que todo había resultado bien. Al terminar la creación, descansó en el séptimo día conforme el mandamiento. Desgraciadamente, el pecado desfiguró las cosas en este mundo y la creación de Dios perdió la esencia de su carácter. Jesús, cuatro mil años después, vino al mundo para revestirse de polvo. Aquí, fue maltratado, perseguido, herido, oprimido y asesinado. En la cruz, luego de concluir su obra de recreación y redención, entregó su espíritu y –nuevamente– en su muerte descansó en el sábado conforme al mandamiento. Todo este sufrimiento nos pertenecía a nosotros, pero Él los asumió. Nadie podía tomar nuestro lugar, sino el propio Creador. La Divinidad se vistió de humanidad para que tengamos vida en abundancia. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo trabajaron juntos en el plan para redimir al hombre. Prestemos atención esta preciosa declaración que,

además de presentar una verdad, también revela el gran amor de la Divinidad por la raza humana: "La Divinidad se conmovió de piedad por la humanidad, y el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se dieron a sí mismos a la obra de formar un plan de redención. Con el fin de llevar a cabo plenamente ese plan, se decidió que Cristo, el Hijo unigénito de Dios, se entregara a sí mismo como ofrenda por el pecado. ¿Con qué se podría medir la profundidad de este amor? Dios quería hacer que resultara imposible para el hombre decir que hubiera podido hacer más. Con Cristo, dio todos los recursos del cielo, para que nada faltara en el plan de la elevación de los seres humanos. Este es amor, y su contemplación debiera llenar el alma con gratitud inexpresable. ¡Oh, cuánto amor, cuánto amor incomparable! La contemplación de este amor limpiará el alma del egoísmo. Hará que el discípulo se niegue a sí mismo, tome su cruz y siga al Redentor" (*Consejos sobre la salud*, pp. 219, 220).



Gilberto G. Theiss

Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática